

# El presidio rodeado de agua de Valeriano Weyler

José M. Hernández

Como nación con fisonomía propia, Cuba es hija de la violencia. Nació del despotismo, la represión, la rebelión y la lucha a sangre y fuego. Al revés de sus hermanas repúblicas hispanoamericanas, de quienes se ha dicho que estaban bastante bien gobernadas al declararse independientes,<sup>1</sup> Cuba se vió sometida durante muchas décadas a los «orden y mando» de capitanes generales investidos de «facultades omnímodas» por la metrópoli. Tuvo, pues, que crecer y formarse en la dura escuela de las conspiraciones, los alzamientos, los desembarcos armados y tres contiendas emancipadoras, dos de las cuales fueron guerras de devastación y exterminio en que sus hijos, sin ayuda de nadie, tuvieron que enfrentarse con los ejércitos más formidables que hasta entonces habían atravesado el Atlántico. Como colofón de este sangriento devenir, finalmente, tuvo que padecer los rigores de la política militar de Valeriano Weyler, que no vaciló en convertir dos terceras partes de la Isla en un gigantesco campo de concentración con tal de liquidar prontamente la insurrección del 95 según los deseos de la Restauración.<sup>2</sup>

José Martí, en su elegía a José María Heredia, dijo que en Cuba en tiempos del poeta era «un presidio rodeado de agua».<sup>3</sup> En aquel momento —Nueva York, 30 de noviembre de 1889— el Apóstol no podía siquiera imaginarse lo que el destino tenía deparado a su patria. Él, que era tan sensible a los excesos del poder que ya por esa época había llegado a llamar a España «madre filicida»<sup>4</sup> ¿qué calificativos no habría usado si hubiera vivido lo suficiente para conocer los horrores de la Reconcentración?

Al cabo de un siglo de aquella hecatombe todavía los investigadores están desenterrando documentos sobre ella. Antonio Elorza y Elena Hernández Sandoica, por ejemplo, han sacado a relucir, no hace mucho, una «circular reservada», dictada por Weyler el 8 de enero de 1897, en que el general descubre

<sup>1</sup> E. G. Bourne, cit. en Hubert Herring. *A History of Latin America*, New York, 1968, p. 238.

<sup>2</sup> Melchor Fernández Almagro. *Historia política de la España contemporánea*, T. II, Madrid, 1959, p. 282.

<sup>3</sup> José Martí. *Obras completas*, II, 2da. parte, Caracas, 1964, pp. 770-771.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 409.

lo que verdaderamente pretendía con el bando de la Reconcentración del 5 de enero.<sup>5</sup> En general, sin embargo, la información que poseemos sobre lo que ocurrió en Cuba en esa época es bastante copiosa, a pesar de lo cual todavía no existe un consenso sobre la figura del desastrado militar. Los cubanos, desde luego, lo tratan inmisericordiosamente, sin excepción.<sup>6</sup> Pero entre españoles y norteamericanos hay grandes diferencias de opinión: entre la imagen de Weyler que nos presentan Elorza y Hernández Sandoica<sup>7</sup> y John L. Offner,<sup>8</sup> por una parte, y la que nos presentan Luis Navarro García,<sup>9</sup> Julián Companys Monclús<sup>10</sup> y Stanley G. Payne,<sup>11</sup> por la otra, hay una distancia considerable. Que yo sepa, además, hasta ahora nadie se ha preocupado de analizar las repercusiones de la Reconcentración en el desarrollo ulterior de Cuba. Cuando un huracán azota una región no basta con inventariar al día siguiente los destrozos causados. Hay también que identificar las estructuras que han quedado debilitadas y son susceptibles de originar derrumbamientos en el futuro.

Que Weyler dejó huellas indelebles de su paso por Cuba lo sabe todo el que vivió en la Isla durante las primeras generaciones republicanas. Se percibía fácilmente en la cultura popular, en la que su nombre se asociaba con el *summum* de la tiranía y la opresión. Y se notaba, también sin dificultad, en la letra impresa. Cuando alguien deseaba desacreditar una persona o institución una de las cosas que hacía era tratar de enlazarla de alguna manera con la actuación del odiado general. Esto fue lo que hizo el historiador Emilio Roig de Leuchsenring, cuando presa de un furibundo anticlericalismo, insinuó que había una conexión entre su «sanguinaria política» y los escritos del presbítero Juan Bautista Casas, cura integrista de temperamento fogoso y genio vivo, que fue gobernador eclesiástico de la diócesis de La Habana desde el 20 de julio de 1893 hasta el 16 de noviembre de 1894.<sup>12</sup>

Pero el impacto de Weyler y su política en la sociedad cubana fue mucho más profundo que lo que denotan estos ejemplos, meros rasguños de la epidermis colectiva. Para apreciarlo, para poderlo medir de alguna manera, es

<sup>5</sup> Antonio Elorza y Elena Hernández Sandoica. *La Guerra de Cuba (1895-1898), Historia política de una derrota colonial*, Madrid, 1998, p. 261.

<sup>6</sup> El estudio más reciente sobre la cuestión, obra de un cubano, es el de Francisco Pérez Guzmán, *Herida profunda*, La Habana, 1998, *passim*. Es bastante menos virulento que sus antecesores.

<sup>7</sup> *Loc. cit.*, pp. 234-284.

<sup>8</sup> John L. Offner. *An Unwanted War, The Diplomacy of the United States and Spain Over Cuba, 1895-1898*, The University of North Carolina Press, 1992.

<sup>9</sup> Luis Navarro García. *Las guerras de España en Cuba*, Madrid, 1998, pp. 154-180.

<sup>10</sup> Julián Companys Monclús. *España en 1998: entre la diplomacia y la guerra*, Madrid, 1991, pp. 44-48, 194-205.

<sup>11</sup> Stanley G. Payne. *A history of Spain and Portugal*, The University of Wisconsin Press, pp. 511-512.

<sup>12</sup> Emilio Roig de Leuchsenring. *La Iglesia Católica y la independencia de Cuba*, La Habana, 1958, pp. 33-34. Francisco Pérez Guzmán ha subrayado en su obra ya citada que el libro de Casas a que éste historiador se refiere, *La guerra separatista de Cuba*, fue publicado después de que Weyler dictó su primer bando de reconcentración.

preciso tener una idea del daño que causó a los cubanos y eso sólo puede lograrse partiendo de su magnitud. Para ello lo primero es echar a un lado los adjetivos sobrecargados que usaba la prensa norteamericana de la época, la famosa prensa amarilla, para la que Weyler era «El carnicero», «el monstruo del siglo», «el general más cruel y sanguinario del mundo». También hay que descartar otras exageraciones: no es necesario creer que bajo su mando las huérfanas cubanas se subastaban en la plaza pública al mejor postor ni que jugar béisbol acarrearaba la pena de muerte, ni que los soldados españoles inoculaban el virus de la viruela a los prisioneros cubanos para después soltarlos y así contagiaban al mayor número de insurrectos posible.<sup>13</sup>

Weyler tomó posesión de la Capitanía General de Cuba el 10 de febrero de 1896. Llegó precedido de su reputación de militar duro e inflexible, bien ganada por su comportamiento en la campaña de Santo Domingo, su participación en las brutales tácticas del gobernador conde de Valmaseda en la primera contienda cubana y su conducta frente a los rebeldes filipinos. Poco antes de su arribo cientos de habaneros emigraron a los Estados Unidos; estaban comprometidos con la insurrección y sabían a lo que el nuevo mandatario venía: a aplastar al enemigo en dos años, a cualquier precio. Su lema, «a la guerra con la guerra», era verdaderamente ominoso.

En realidad, la estrategia de Weyler había sido dictada por su antecesor en el mando, Arsenio Martínez Campos, como resultado de las recomendaciones que había hecho en una conocida carta a Cánovas. Lo que había que hacer en Cuba para someter a los insurrectos era lo mismo que había hecho Valmaseda: aislar el campo de las ciudades, privar a las columnas rebeldes de toda suerte de apoyo mediante la reconcentración de las familias rurales en las poblaciones y estar dispuesto a llevar a cabo cuantos fusilamientos y otros actos análogos fueran necesarios. Martínez Campos se consideraba como el representante de una nación civilizada, y por eso, y porque tenía «creencias superiores a todo» no podía aplicar semejantes medidas. Carezco, dijo a Cánovas un tanto farisaicamente, de las condiciones necesarias para ello. «Sólo Weyler las tiene en España», concluyó, «por su inteligencia, valor y conocimiento de la guerra».<sup>14</sup> Quizá quiso decir que el general, que había sido su alumno en la escuela de Estado Mayor, era el único militar español que era totalmente insensible a las razones humanitarias.

Aparte de las medidas de reorganización que adoptó y del empeño que puso en acorrallar a los insurrectos en la región más occidental de la Isla, el nuevo comandante en jefe aplicó de inmediato la implacable política de guerra aconsejada por su predecesor. Para que no llegaran a las fábricas de la Florida, fuentes de ingreso para el movimiento independentista, prohibió la exportación de tabaco en rama. Con el mismo fin, para evitar que los hacendados pagaran contribuciones al ejército libertador, prohibió la zafra azucarera.

<sup>13</sup> Véase Companys Monclús, *op. cit.*, p. 193.

<sup>14</sup> Cit. en Fernández Almagro, *op. cit.*, T. II, pp. 246-247.

También incrementó la labor de contraespionaje y represión de las redes de conspiradores en La Habana, lo que resultó en la detención de numerosos sospechosos, los cuales fueron juzgados sumariamente o deportados a Ceuta, Fernando Poo u otros presidios africanos.

Estas medidas fueron objeto de agrias censuras, a veces de los mismos elementos españoles o pro-españoles, como ocurrió en el caso de la prohibición de la zafra. Pero ninguna de ellas atrajo sobre Weyler críticas tan severas y en muchos casos tan abultadas y feroces como la reconcentración forzosa de los campesinos, o «pacíficos», como se les llamaba entonces, en las poblaciones. Las protestas llovieron de todas partes: de los órganos propagandísticos de los cubanos, de la prensa norteamericana, de los políticos y funcionarios estadounidenses y algunos españoles.

La primera medida de este tipo fue decretada poco después de la toma de posesión de Weyler, el 16 de febrero de 1896, pero fue de alcance limitado: comprendía solamente a los campesinos de Sancti Spíritus, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba y los afectados podían ser autorizados para trabajar fuera de la línea de fortificación de los poblados. Por eso no causó demasiados estragos. Cuando la muerte y la ruina empezaron a extenderse sobre las áreas rurales de Cuba y el nombre de Weyler empezó a hacerse odioso que cuando el general, motivado por las dificultades que se le estaban presentando en la provincia de Pinar del Río, donde operaba Antonio Maceo, dictó el bando de reconcentración para dicha provincia, el 21 de octubre de 1896. Poco después, el 5 de enero de 1897, hizo extensiva la medida a las provincias de La Habana y Matanzas, y fue en esta coyuntura en la que firmó la «circular reservada» del 8 de enero mencionada por Elorza y Hernández Sandoica. Se comprende que su autor no la incluyera en los cinco tomos de *Mi mando en Cuba*.<sup>15</sup> En su virtud los jefes militares quedaban facultados para destruir a discreción viviendas, recursos y sembrados, así como apoderarse de los animales que pudieran ser usados por los insurrectos para su transporte o manutención.<sup>16</sup>

Esta vez la Reconcentración, que llegó a incluir la provincia de Las Villas,<sup>17</sup> fue llevada a término con todo rigor, sin excepción alguna.<sup>18</sup> Pocos meses después el agente norteamericano William J. Calhoun, viajando en tren desde

<sup>15</sup> Valeriano Weyler y Nicolau. *Mi mando en Cuba (10 de febrero 1896 a 31 octubre 1897)*, Madrid, 1910.1911.

<sup>16</sup> Elorza y Hernández Sandoica, *op. cit.*, p. 261.

<sup>17</sup> La reconcentración fue extendida oficialmente a Las Villas el 30 de enero de 1897. Y un bando de 27 de mayo del mismo año dispuso también su aplicación en Camagüey y Oriente. Pero estas provincias se liberaron del flagelo porque Weyler se vio obligado a suspender los preparativos que estaba haciendo a causa del asesinato de Cánovas.

<sup>18</sup> A este propósito, *Ecos de Cuba*, un boletín que se publicaba decenalmente en La Habana para mantener al corriente del curso de la guerra al público de la Península, insertó en su número 10 de noviembre de 1896 el siguiente párrafo: «La reconcentración de los campesinos a las poblaciones de Vuelta Abajo se ha llevada a efecto sin contratiempo alguno». El arribo de un cargamento de plátanos a la plaza del mercado no hubiera sido reportado con mayor indiferencia.

La Habana hacia el este no vió en los campos «ni una casa, ni un hombre, mujer o niño; ni un caballo, mula o vaca, ni siquiera un perro... el país estaba envuelto en la quietud de la muerte y el silencio de la desolación».<sup>19</sup> Pero lo peor fue el hacinamiento de unas 400,000 almas en poblados donde las medidas desganadamente adoptadas para alojarlas y alimentarlas resultaron totalmente insuficientes debido a la escasez de recursos, la mala administración y la corrupción de las autoridades civiles y militares. El senador norteamericano por Vermont, Redfield Proctor, que visitó Cuba poco después de la explosión del Maine, halló que los reconcentrados, cuando no tenían que dormir al raso, se amontonaban en chozas improvisadas de unos diez por quince pies, carentes de todo servicio, sin muebles, semidesnudos, en condiciones sanitarias deplorables, teniendo que alimentarse con las sobras del rancho de la tropa. Vivían además bajo estricta vigilancia en áreas que eran «virtuales prisiones», rodeadas de fortines, trincheras y cercas de alambre de púas. Dentro de ellas «vagabundeaban niños, con los brazos y pechos terriblemente enflaquecidos, los ojos abultados y el abdomen hinchado hasta tres veces el tamaño normal».<sup>20</sup>

Hay testimonios de españoles que confirman este trágico cuadro. Un periodista de izquierdas que visitó el campo de concentración del Mariel lo comparó con el *Infierno* de Dante.<sup>21</sup> Y un agente español escribió a fines de mayo de 1897: «Ese gran plan de reconcentración en los poblados es la barbaridad más grande que se concibe... es una vergüenza llamarse español».<sup>22</sup> Otros testigos, entre los que se cuentan diplomáticos europeos, son menos enfáticos, pero su versión de lo que estaba ocurriendo en Cuba no es menos sombría. ¡Hasta el mismo Weyler se vió precisado a informar a Cánovas, en julio de 1897, que la tropa había empezado ya a encontrar muertos de hambre!<sup>23</sup>

No se sabe exactamente cuántos perecieron por este motivo o a causa de las epidemias que se cebaron en los reconcentrados. A principios de 1898 la cifra comúnmente aceptada por los cubanos, norteamericanos y españoles era la de 400,000 muertes. Pero con el tiempo los cálculos se han ido refinando y la cifra ha sido rebajada a 200,000. Y hay autores que la han recortado todavía más, reduciéndola a la mitad: 100,000 muertes para los años 1895-1898.<sup>24</sup>

Cualquiera que sea el total que se acepte, sin embargo, la conclusión es la misma: la Reconcentración constituyó un verdadero desastre humano. No hay gobernante alguno en la historia de Cuba —cubano, norteamericano, español— que haya causado la muerte de más cubanos que Weyler.

<sup>19</sup> Cit. en Offner, *op. cit.*, pp. 46-47.

<sup>20</sup> U.S. Congress. *Congressional Record*, 55th Cpng., 2d. Sess., pp. 2916-2919.

<sup>21</sup> Manuel Ciges Aparicio. *El libro de la vida trágica. Del cautiverio*, Alicante, 1985.

<sup>22</sup> Cit. en Elorza y Hernández Sandoica, *ob. cit.*, p. 267.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

<sup>24</sup> Véase Offner, *op. cit.*, p. 241; Companys Monclús, *op. cit.*, p. 48.

Si estas cien o doscientas mil vidas se hubieran perdido en acciones bélicas la historia habría tratado al general de otro modo. Pero he aquí que todos esos cubanos perecieron de resultas de una contienda que se caracterizó por un porcentaje de bajas militares extraordinariamente inferior a las muertes de civiles. Esto es lo que conforma e imprime carácter de lesa comunidad al crimen del implacable mallorquín, que la mayoría de sus víctimas procedieron de los sectores más vulnerables de la población civil: ancianos, mujeres y niños. (Los hombres hábiles se libraron incorporándose a las fuerzas combatientes), Antonio Maceo, su rival más encarnizado, previendo ya en febrero de 1896 que ése habría de ser el sesgo que tomaría su política militar, le reprochó amargamente en una carta que le dirigió el 27 de ese mes que «los vecinos pacíficos —nada digamos de heridos y prisioneros de guerra— [fueran] sacrificados a la rabia que dio nombre y celebridad al duque de Alba». Maceo creía que «la guerra sólo debe alcanzar a los combatientes» y por eso conminó a su enemigo a que evitara «que [fuese] derramada una sola gota de sangre fuera del campo de batalla» y para que fuera «clemente con los infelices pacíficos».<sup>25</sup>

Lo más interesante de esta carta de Maceo no es, quizá, la censura de los métodos españoles, sino el hecho que fue suscrita por el jefe de una fuerza en la que la oficialidad creía que, «como medida militar, el bando de Weyler no sería impugnado por nadie que conozca las guerras de Cuba».<sup>26</sup> (Lo mismo dijo una comisión estadounidense en 1902).<sup>27</sup> Después de todo, los insurrectos cubanos también siguieron una política de devastación y contribuyeron indirectamente a la precaria situación de los reconcentrados impidiendo la entrada de alimentos en las poblaciones y destruyendo las zonas de cultivo que Weyler dispuso que se organizaran en torno a ellas. ¿Qué fue, pues, lo que motivó las acres censuras de que hicieron objeto al tristemente célebre bando? La ferocidad, el modo brutal en que se aplicó, las atrocidades que daban la impresión de que lo que en realidad se perseguía era el exterminio de la población rural de Cuba: mediante su extinción lenta y metódica dentro del perímetro de las plazas guarnecidas o mediante la matanza en los despoblados, donde los campesinos que eran sorprendidos eran considerados rebeldes y juzgados como tales. Es por esta razón que la Reconcentración constituye un acto de genocidio al que es inútil buscarle una justificación en la tácticas de los rebeldes o en los actos de genocidio cometidos por otras naciones. No la tiene.<sup>28</sup>

En realidad, el único camino que queda a los que insisten en presentar a Weyler como una gran figura militar es imitar la increíble franqueza del profesor de la Universidad de Sevilla, Luis Navarro García. «No es del caso —escribió en un artículo hablando de la Reconcentración— ponderar los

<sup>25</sup> Texto íntegro en José Miró Argenter. *Cuba: Crónicas de la guerra*, La Habana, 1909, T. II, pp. 374-375.

<sup>26</sup> Al menos así pensaba el Jefe del Estado Mayor de Maceo, general José Miró Argenter. *Ibidem*, T. III, pp. 631-632.

<sup>27</sup> Sebastián Balfour. *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, 1997, p. 28.

<sup>28</sup> Miró Argenter, op. cit., pp. 632-636.

sufrimientos y mortandad que esto produjera a la población civil».<sup>29</sup> Pero no, no es lícito pasar por alto a los muertos —al menos entre quienes presumen de ser civilizados— como tampoco nos es permitido ignorar otras nefastas consecuencias de los bandos del «valiente general», tales como el aumento de la prostitución, la delincuencia y la corrupción de menores en las áreas urbanas cubanas, lacras sociales que obligaron al Consejo de Secretarios del Gobierno autonomista a adoptar medidas para combatirlos. También tuvieron que dictar disposiciones presionando a los reconcentrados a retornar a las labores agrícolas, pues otra de las consecuencias negativas de la estrategia de Weyler fue un movimiento migratorio interno que saturó a muchos pueblos y ciudades a expensas de la población de otras.<sup>30</sup>

Ciertamente las huellas traumáticas de la Reconcentración en la familia y en la sociedad cubana en general son perceptibles hasta bien entrada la etapa republicana. Y quizá calen más hondo de lo que hasta ahora se ha supuesto. Porque el mandato genocida de Weyler no puede ser estudiado como un hecho aislado, sino debe ser analizado en el contexto de la serie de actos despóticos que caracterizó la política metropolitana con respecto a Cuba a partir del ministerio de Francisco Martínez de la Rosa y que, comenzando con el destierro de José Antonio Saco por el capitán general Miguel Tacón en 1834, siguió con la salvajada del «año de cuero» (1844); continuó con la represión del movimiento anexionista (1845-1855); pareció ablandarse con la tomadura de pelo de la Junta de Información (1866-1867); y alcanzó su nivel máximo con los excesos de los Voluntarios, la «creciente» de Valmaseda, el fusilamiento de los estudiantes de Medicina, la orgía de sangre del Virginius y los demás incidentes de la Guerra de los Diez Años (1868-1878). Los veintinueve meses del mandato de Weyler en Cuba no fueron, pues, más que el último y más recio eslabón de una larga cadena forjada por la obtusa política colonial de un imperio venido a menos y en trance de inevitable disolución.

Este desdichado período es lo que Calixto García tenía en mente cuando, en vísperas de la intervención norteamericana, se lamentaba de los largos años que Cuba había estado bajo la dictadura militar.<sup>31</sup> A pesar de su natural

<sup>29</sup> Luis Navarro García. «1898, la incierta victoria de Cuba», en *Anuario de Estudios americanos*, 55:1 enero-junio 1998, pp. 165-186. Juan M. Riesgo Pérez-Dueño, en un artículo a un tiempo acrítico e hipercrítico y plagado de errores titulado «La guerra de Cuba, un capítulo insuficientemente conocido de nuestra historia en América» (*An. Mus. Am.*, 6, 1998, pp. 37-48) dice que el profesor Navarro es una de las dos únicas personas que ha estudiado coetáneamente, y a conciencia, la voluminosa obra de Weyler *Mi mando en Cuba*. Ciertamente, la admiración que el profesor siente por el general lo ha llevado muy lejos.

<sup>30</sup> Véase Francisco Pérez Guzmán. «Los efectos de la reconcentración, 1896-98, en la sociedad cubana: un estudio de caso, Güira de Melena», 58:212, *Revista de Indias*, enero-abril 1998, pp. 277-293; Gabriel Cardona, «El General Weyler en Cuba, polémica sin solución», *Encuentro-Debate América Latina ayer y hoy* (6th, Barcelona, 1997) *Lo que duele es el olvido: recuperando la memoria de América Latina*, Barcelona, 1998, pp. 339-346.

<sup>31</sup> García a Tomás Estrada Palma, 22 de marzo de 1898. *Boletín del Archivo Nacional*, La Habana, 1936, pp. 102-103.

autoritario, el jefe de los insurrectos de Oriente, que era uno de los generales mambises más inteligentes, temía que la violencia de la colonia condujera a la de la república y le sublevaba la idea de que su patria pudiera caer bajo las garras de un tirano como el dominicano Ulises Hereaux.<sup>32</sup> El tiempo se encargó de demostrar que sus preocupaciones no carecían de fundamento. Apenas aflojó la camisa de fuerza del protectorado norteamericano en la década de 1920 empezaron a aparecer las dictaduras: en 1928-1933 la de Gerardo Machado; en 1934-1940 la primera de Fulgencio Batista; en 1952-1958 la segunda de Batista y en 1959 la vetusta e interminable satrapía que todavía la oprime.

¿Es posible dar por sentado que en realidad existe alguna conexión entre el despotismo de los espadones coloniales, cuyo máximo representante Weyler, y el de los generales y comandantes de la era post-independentista, de los que Castro es el ejemplo más notorio? Ni yo ni nadie puede probarlo fehacientemente, porque el empalme entre ambos fenómenos yace oculto en el subsuelo de la historia, esa zona borrosa en que actúan factores raciales, psicológicos y culturales que no son susceptibles de ser medidos, pesados o documentados y sólo pueden ser intuitivos. Es posible argüir, no obstante, que el totalitarismo castrista sería menos comprensible en una ex colonia que, guiada por una política colonial más generosa e inteligente que la española, se hubiera desplazado pacíficamente hacia la independencia y nunca hubiera caído bajo el yugo de procónsules como Tacón, O'Donnell, Concha, Valmaseda y Weyler. Ciertamente, entre el régimen de éste último y el de Castro hay un definible parecido de familia: en la dependencia de la represión y el terror policíaco para cimentar su poder; en la transformación de la Isla en un «presidio rodeado de agua»; y en el uso de las mismas tácticas militares. Cuando Castro quiso liquidar las guerrillas que surgieron en la Sierra del Escambray al inicio de su dictadura, ¿acaso no procedió a transplantar al extremo occidental del país los campesinos de la zona para privar de apoyo a los alzados en armas contra su régimen? Lo que se hereda no se hurta, como reza el dicho popular...

---

<sup>32</sup> García a Domingo Méndez Capote, 1 de mayo de 1898, texto de Enrique Collazo, *Los americanos en Cuba*, La Habana, 1905-1906, T. I, pp. 168-174.